

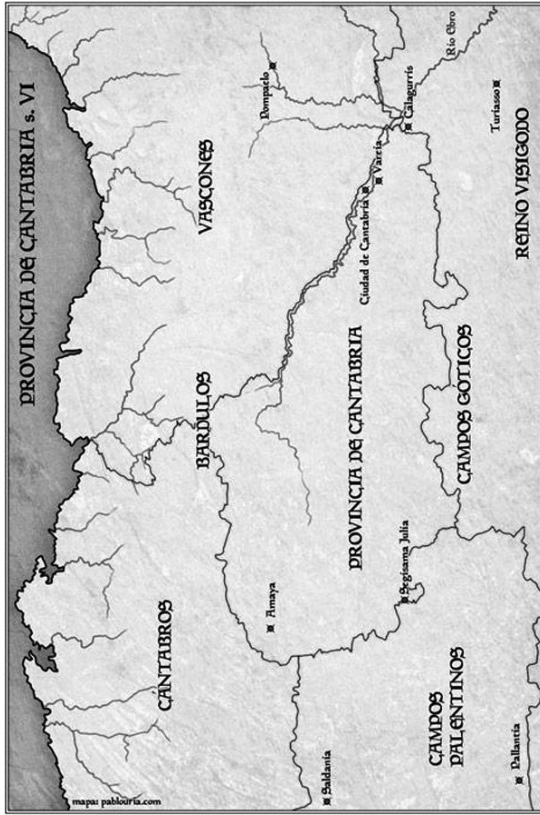
LEÓN ARSENAL

ÚLTIMA  
ROMA



Año 576. Roma ha caído, pero quedan hombres dispuestos a restaurar su poder. En Hispania combaten visigodos, suevos, la antigua nobleza romana, viejas tribus indígenas... En el norte de la península, un senado de terratenientes planea unirse al imperio de Oriente. Hacia allí viaja Basilisco, funcionario imperial, acompañado de caballería pesada al mando de Mayorio. Ambos sueñan con la *renovatio imperii*, la restauración de Roma. También acude desde la Suevia una columna de britones. Con ellos viaja Claudia Hafhwyfar, que tiene un sueño recurrente desde niña: la de un jinete que viene a ella a través de inmensidades desérticas. El rey goda Leovigildo debe actuar a su vez para salvar a su reino. La guerra es inevitable y en ese escenario, con todo en la balanza, Claudia Hafhwyfar encontrará al jinete. Y será ahí donde se decida el futuro de Roma e Hispania. León Arsenal recrea con impresionante brío una etapa convulsa de nuestra historia.

A tantos que tan mal lo están pasando ahora. Esta es una novela sobre una Era Oscura y en tiempos así los hay que no se rinden, que son capaces de pelear aun teniéndolo todo en contra. Este país ha sido pródigo en épocas negras y, por suerte, tampoco le faltaron nunca personas de tal raza.



# Prólogo

Situar una novela en la España visigoda ofrece ventajas e inconvenientes. Todos derivan del hecho de que no ha sido una época muy visitada por la literatura. Eso da más libertad al autor pero, a cambio, el lector medio carece de referencias a las que agarrarse.

¿Qué significa eso? Usemos el ejemplo de la Roma de Julio César. Se ha escrito tanto sobre ella, que ese lector medio tiene cierta idea de la situación política y del contexto social. Y el autor puede contar con eso a la hora de escribir una nueva obra. Siguiendo con el ejemplo, cuando se usa la palabra «legión», el lector medio se hace de inmediato una idea. No importa lo acertada que sea esa idea; es una referencia. En cambio, lo más seguro es que la palabra «bandon» no le diga nada. No sabe lo que es, el vocablo no crea ninguna imagen en su mente.

En el caso concreto de la España visigoda hay una desventaja añadida. A lo desconocido se suma lo erróneo. Porque la historia que a muchos nos enseñaron sobre ese período en la escuela no solo es somera, sino también en buena medida falsa. Una suma de tópicos.

Tópicos acerca de una marejada de pueblos bárbaros —vándalos, alanos, suevos, godos— que entraron en tromba en Hispania aprovechando la decadencia del imperio. Que borrarón a sangre y fuego, y de un plumazo, la romanidad de estas tierras. Que de paso se dedicaron a degollarse entre ellos hasta que solo quedaron los visigodos como dueños del tablero. Que entonces estos instauraron una especie de reino tosco y bárbarico, sin asomo de romanidad,

que pervivió hasta la invasión musulmana de comienzos del siglo VIII.

Con unos referentes así, milagro sería que un lector medio no abordase la lectura de una novela ambientada en esa época cargado de prejuicios.

Eso obliga al autor a que la densidad histórica de la novela sea mayor. Y eso le lleva a su vez a tener que recurrir a toda clase de recursos para que lo histórico no lastre a la narración. Se cuelan datos en los diálogos. Se acude a digresiones. Las notas a pie de página que no falten..., los recursos han de ser variados. Y una buena forma también de aligerar la narración es una buena introducción y unas aclaraciones previas como estas.



A modo de introducción, tendríamos que aclarar que esta novela comienza en el año 573 d. C. El imperio romano de Occidente cayó hace un siglo. Aunque la fecha que se da es solo eso, una fecha. Para cuando el rey de los hérulos, Odoacro, depuso al último emperador, Rómulo Augústulo, sus dominios se reducían a poco más que Italia y algo de la Galia. El imperio romano sólo existía de nombre.

La desaparición de la institución imperial supuso un revulsivo para todo el orbe romano, tanto occidental como oriental. Redujo a cenizas la ficción de que el Imperio de Occidente seguía existiendo y que los reyes bárbaros gobernaban en nombre de ese emperador. Obligó a reaccionar. Prendió entre las gentes la idea de restaurar el imperio perdido: la *renovatio imperii*.

El máximo exponente de esa ideología fue Justiniano I, emperador del Imperio de Oriente. En aplicación de la misma —aunque en su caso buscaba anexionar territorios y no restaurar el desaparecido imperio occidental—, el general

Belisario libró entre los años 533 y 554 guerras victoriosas contra los vándalos de África y los ostrogodos de Italia. En el 552, sus tropas se apoderaron de buena parte del litoral levantino de España.

Fue una reconquista tan espectacular como efímera. Solo dos décadas más tarde, en la época en la que se desarrolla esta novela, Italia se había perdido de nuevo y el sueño de restaurar el imperio se desvanecía. No podía ser de otra manera: el Imperio de Occidente estaba muerto y era imposible resucitarlo. Pero eso no quiere decir que el mundo romano, la *romanitas*, lo estuviese. Había concluido un ciclo para entrar en otro, eso era todo.

La forma antigua de contar la Historia, entre simplista e ingenua, nos hablaba de un imperio romano que se volatilizó ante el empuje de pueblos nómadas para dar paso al Medioevo feudal, de estructuras sociales heredadas de las de esos invasores, germánicos en concreto. Sin embargo, lo cierto es que los bárbaros solo fueron un factor en la ecuación que supuso el final del imperio.

Es más. Con la decadencia del orden imperial, muchos de los antiguos pueblos indígenas volvieron al antiguo tribalismo, relegando de paso al latín. Algunas tribus germánicas en cambio —los visigodos, los francos— adoptaron el latín, las leyes, las fórmulas administrativas romanas. Se convirtieron en baluartes de la romanidad y no en lo contrario.

El mundo feudal que surgió de las cenizas de Roma era heredero de esta. Era ese mismo mundo romano que se había ido transformando. Durante el bajo imperio, las ciudades habían ido sumiéndose en la decadencia, en tanto que los terratenientes aumentaban su poder. Estos últimos eran amos de latifundios a veces enormes, residían en villas como fortalezas, gobernaban sobre multitudes de siervos y colonos, y disponían de ejércitos privados. Aquellos *optimates* daban ya los primeros pasos hacia un régimen feudal en el que los bárbaros fueron de nuevo solo un factor más.

El imperio, tal como se podía haber concebido antes del siglo III, se había ido desintegrando entre guerras civiles, invasiones bárbaras y rebeliones campesinas. La mayor parte de las unidades militares se fueron disolviendo por falta de recursos económicos. La administración civil estaba deshecha. El emperador de Oriente ya ni siquiera trataba al de Occidente como su igual. En un marco así, solo era necesario que alguien como Odoacro diese el golpe de gracia.

En lo que toca a los visigodos, lo cierto es que no entraron como invasores sino como federados del imperio, enviados a restablecer el orden. Su misión era poner en su sitio a los suevos, vándalos y alanos, que esos sí campaban depredando y destruyendo. Estos últimos pueblos sí eran invasores cuya irrupción pulverizó el orden imperial en la Península, que hasta entonces había logrado más o menos mantenerse.

En una situación de caos y de todos contra todos, los visigodos supieron jugar con acierto. Primero los vándalos y luego los alanos partieron hacia el norte de África, y los suevos quedaron confinados en el noroeste. La administración romana nunca regresó a Hispania y los visigodos se quedaron.

El reino visigodo al que accedió Leovigildo, al principio asociado a su hermano Liuva I, distaba de ser sólido o estable. Godos e indígenas formaban dos pueblos separados como agua y aceite. La nobleza visigoda era turbulenta, al punto que las rebeliones eran moneda corriente y el final más común de un rey solía ser el asesinato o el derrocamiento. Y a eso había que añadir que solo partes del territorio peninsular estaban bajo su dominio efectivo.

El noroeste estaba en poder de los suevos. Las costas de levante y el sur, desde Denia hasta Cádiz, así como las Baleares, formaban la provincia de Spania, controlada por el Imperio Romano de Oriente. Existían zonas que habían regresado al orden tribal, como era el caso del territorio de



los araucones, al sur de Orense, o el de los *sappi*, entre Salamanca y Benavente. Y tribales eran también las tierras ocupadas por los astures, los cántabros y los vascones.

Otras áreas estaban controladas por rústicos; es decir, campesinos que se habían librado de sus amos y que se gobernaban a ellos mismos. Así sucedía en lo que ahora es Medina Sidonia o en la Oróspeda, un vasto territorio con eje en la sierra de Cazorla.

Justo lo contrario podría haber ocurrido en la llamada provincia de Cantabria, que en realidad pertenece más al mito que a lo histórico, dados la escasez de documentación y la falta de restos arqueológicos. A pesar de su nombre, esta «provincia» habría estado situada en lo que ahora es la Rioja y sur de Burgos, y debería su nombre a que ahí obligó el emperador Augusto a asentarse a cántabros derrotados durante sus campañas al norte.

Las referencias a ese territorio misterioso son escasas y las hipótesis varias. Una de ellas es que en esa zona la oligarquía rural habría sobrevivido al derrumbe del orden imperial. Y no solo eso, sino que habrían creado un senado para gobernar. Así pues, organizados en provincia —que era una unidad administrativa romana—, habrían constituido una suerte de enclave tardorromano que perduró durante más de un siglo.

Como he señalado, es una teoría. Una entre varias. Es la que he adoptado yo para esta novela. No lo he hecho porque piense que sea o deje de ser la verdad, sino porque esa idea de una isla de romanidad antigua en un mundo que pertenece ya a los reyes y señores bárbaros es de lo más sugestiva. Y esto no deja de ser lo dicho: una novela.

En cambio, nada de hipotética tiene la existencia de Britonia, que es un rincón de nuestra historia tan encantador como poco conocido. Britonia fue un territorio que ocupaba las costas orientales de Galicia y las occidentales de Asturias. Su peculiaridad reside en que estaba habitado por britanos, llegados de las Islas Británicas. Tenían obispado

propio, sito en Mendunieto, el actual San Martiño de Mondoñedo, y se puede decir que su obispo era su gobernante, al menos durante las primeras épocas.

Estos britones arribaron a España en oleadas. La primera de ellas llegó en el siglo IV, enviada por el emperador Magno Clemente Máximo, que era oriundo de Galicia. La última fue una migración en el siglo VI, de refugiados que huían del avance sajón por su isla natal. Conservaron largo tiempo su idioma, que dejó su huella en una de las variantes del gallego. Se mantuvieron como población diferenciada del resto al menos hasta el siglo XIII, según se desprende de una cita escrita en el Tumbo de Santa María de Meira.

Al hilo de esa misma cita me tomé una licencia literaria para crear la institución de las *ghaobelas*, que son pura invención. También lo son las máscaras britonas que aparecen a lo largo de la novela. Y esto nos lleva ya al terreno de las aclaraciones.

Cuando se escribe novela histórica hay que manejar no solo datos sino también un marco histórico, un contexto social, las ideologías de la época. Hemos de procurar ceñirnos a lo conocido y, cuando se juega con lo que no se conoce, procurar que el resultado al menos no sea inverosímil. Y eso vale también con las licencias literarias o, si se quiere llamar por otro nombre, con las inexactitudes voluntarias.

Una licencia es la dicotomía que se presenta en la novela entre «hispanos» y «visigodos». En realidad los primeros se definían frente a los segundos como «romanos». Pero el uso de ese gentilicio en ese contexto hubiese causado no poca confusión. Así que opté por lo primero para hacer más fácil la lectura, sabiendo que no era así.

No licencia y sí elección es dejar bastantes vocablos en latín. El uso de «latinajos» puede servir para dar atmósfera, ambientación. No ha sido en este caso el motivo y sí que

muchos de esos términos se siguen usando en nuestros días, pero con significados o connotaciones bien distintas.

He optado por *vicarius*, *domesticus*, *comes*, *magister* porque *vicario*, *doméstico*, *conde*, *maestro*, tienen para nosotros asociaciones que nada tienen que ver con lo que esos cargos o títulos implicaban en su época. Es por eso que los he dejado en latín, a riesgo de ser a veces algo pesado.

Son solo ejemplos. No ha lugar a que enumere aquí todas las licencias y elecciones que he tomado a lo largo de la novela, por razones que van de lo práctico a lo literario. Creo que las indicadas bastan para avisar de ello. También para ilustrar el hecho —que el lector no debiera olvidar— de que esto es una novela, no un ensayo histórico. No todo lo que se encontrará en las páginas que siguen obedece al rigor histórico, aunque sí siempre a algún motivo literario.



Presentación (vídeo)

Si no dispone de ella, descargue una app para leer códigos QR en su teléfono móvil o tableta con conexión wifi o plan de datos, enfoque el código que le interese y se abrirá la entrada correspondiente (vídeo, panel, mapa...)

# Britannia Gallaecica, 573 A. D., a finales del verano

Esta tarde, Claudia Aurelia Hafhwyfar volvió a soñar con su jinete. Se quedó dormida mientras tejía a la puerta de su casa. Debió de amodorrarse poco a poco, sin darse cuenta por culpa de lo monótono de la labor. Se despertó hace un momento de golpe, sobresaltada por el bramido de un cierzo desatado sin previo aviso sobre la costa.

Se quedó un rato inmóvil en su asiento. Las manos sobre el regazo, casi aterida. Desorientada por el rugir del viento, el estruendo de las copas agitadas de los árboles, el batir de la puerta de su casa.

Tuvo que inspirar a fondo para calmarse. El corazón le latía con fuerza. Cuando despertó de forma tan brusca, su primer impulso fue entrar en busca de los dardos y la espada. Confundida por el ruido del temporal, creyó por un instante que los piratas hérulos atacaban la ría.

Pero no. Es solo el viento del norte. Y dicen que ya no quedan piratas hérulos en estas aguas.

Siente frío. Se ha quedado helada a la intemperie. Le entró modorra a la caricia de un sol cálido de último verano. Ahora la tarde es oscura. Sopla un aire bravo, la atmósfera es muy húmeda y nubes negras cubren el cielo.

Se incorpora. Se abraza a sí misma como para darse calor. Por algo dicen las viejas que no hay que tejer en solita-

rio. Es una actividad tediosa que es mejor realizar en compañía y con mucha charla intrascendente.

Entra en casa. Se abriga en su manto de rombos de colores para volver al exterior. Cuando sale, el viento le alborota los cabellos rubios sueltos.

Hafhwyfar ama los días tempestuosos. Las nubes y los claros. Los bosques agitados por el temporal. El mar revuelto, las olas que baten espumando contra las rocas costeras.

Echa a andar por la senda litoral, con el manto ceñido al cuerpo y los cabellos agitados por las ráfagas. Rebase el mojón que indica dónde deben detenerse los varones.

No bien dobla el recodo, el cierzo la golpea. No creyó ella que soprase con tanta fuerza. Pero es ventarrón que viene de alta mar. ¿Quién sabe de cuán lejos? Tal vez desde las cataratas por las que desagua el Mar Externo al llegar al Fin del Mundo.

Se sujeta con firmeza el manto. Es como si el vendaval quisiera arrebatárselo. Los picos sueltos chasquean. Huele a tierra mojada, a bosque, a mar. Las ramas de robles y hayas entrechocan sobre su cabeza y llega hasta sus oídos el batir de las olas. El cielo hierve de nubarrones. Abajo, en la ría, las aguas se han vuelto de un azul muy oscuro, sembrado del blanco de la espuma.

Hafhwyfar conoce bien al viento noroeste. Se levanta sin previo aviso. Encrespa aguas en un pestañeo. Ha hecho naufragar a quién sabe cuántas barcas. El manto siempre sujeto al cuerpo, sigue por el caminillo en busca de una visión más amplia de la ría.

Fue en un día así cuando se ahogó Gower. Su embarcación se perdió en el mar abierto, lejos de casa, y no volvió nadie para contar lo ocurrido. Ese recuerdo le hace sentirse triste. Más todavía al percatarse de que antes nunca pensaba en él como «Gower». Entonces era «su hombre».

Hace ya dos años que Gower se hizo a la mar en la nave de su hermano mayor, con cinco hombres más. Iban a comerciar con las aldeas costeras de oriente y con los puertos

astures más próximos. Se levantó este mismo viento del noroeste. Se picó la mar. El temporal castigó durante días la costa. Desparecieron varias embarcaciones. Una de ellas fue la del hermano de Gower.

Nunca aparecieron restos ni cuerpos. Y sucedió todo en esta misma época. A finales del verano, cuando las aguas azules y soleadas pueden convertirse casi de golpe en mar tempestuosa que lo engulle todo.

Tal vez el pensar en Gower sea lo que le recuerda que esta tarde soñó con el jinete. Su jinete. Sí. Ha vuelto a tener ese sueño, luego de tanto tiempo.

Abandona el sendero para llegar al borde del acantilado, pisando con cautela. Se queda asomada con los ojos puestos en la mar y la cabeza muy lejos.

Había olvidado que tuvo ese sueño por culpa de lo brusco del despertar. Sin embargo, ahora recuerda.

Los extremos de su manto de rombos azules, rojos, púrpuras, flamean. Se aparta con la mano izquierda los cabellos del rostro. Observa con esos ojos azules suyos cómo las olas golpean con estruendo contra rocas negras cubiertas de algas y moluscos. Siente el frío del aire en el rostro y aspira con fruición los olores marinos.

¿No es curioso? Lleva casi toda la vida soñando con el jinete. Soñaba con él cuando solo era una niña. Siguió soñándole al crecer y hacerse mujer. No dejó de hacerlo ni siquiera mientras compartía su vida con Gower. Una circunstancia que en aquellos días —ahora tan lejanos— la llenaba de desazón.

Sus mayores le enseñaron que hay señales que una no debe desdeñar. Los britones, su pueblo, siempre dieron gran importancia a los sueños. Y lo siguen haciendo, no importa que los clérigos truenen contra esa superstición de gentiles. Hay que hacer caso a los sueños porque los sueños enseñan.

Hafhwyfar sabe que entre ese jinete del sueño recurrente y ella hay un vínculo real. Siempre lo supo, con esa certe-

za que nace de las entrañas y no de la razón.

Por eso sentía en otro tiempo desasosiego. Al soñar con el jinete, no importa que no estuviese en su voluntad hacerlo, sentía como si estuviese siendo infiel a Gower.

Lo más irónico fue que, cuando Gower desapareció en el mar, desaparecieron los sueños. Fue algo atroz, comparable a una herida abierta en hueso. Fue como quedarse sola por completo. Como perder a la vez a sus dos hombres: a su pareja en el mundo tangible y a ese otro del onírico.

Así ha estado dos años. Dos. Sola. Hasta hoy.

Golpea el oleaje contra la costa. Arrecia el viento y se agitan enloquecidas las fragas a sus espaldas. Asomada al borde del precipicio, recuerda lo que soñó hace un rato. El sueño no ha cambiado ni un ápice tras dos años de ausencia.

Un paisaje árido que ella intuye de tierras muy lejanas. Planicies castigadas por el sol. Una atmósfera polvorienta e inmóvil. Nada se mueve en esa inmensidad llana y el aire riela por efecto del calor.

A través de esa extensión, como si llegase desde una distancia infinita, se acerca a ella un jinete. Uno solo, a lomos de un caballo de guerra enorme. Hombre y cabalgadura se cubren con armaduras pesadas bajo vestes coloridas. Sabe ella que son de colores vivos y de ricas telas con esa certeza irracional que da lo onírico, porque a la vista se ven cubiertas del polvo del viaje.

El jinete cala un yelmo rematado en plumas rojas. Se cubre el rostro con una máscara de hierro lisa, con una ranura para los ojos. Cruzada sobre la silla de montar lleva una lanza que ella sabe que se empuña a dos manos en las batallas.

Siempre ha soñado lo mismo. Solo cambian las distancias. En ocasiones ha columbrado al jinete de muy lejos, a una distancia enorme, poco más que una mota que atravie-